

## PAISAJE DESPUÉS DE LA BATALLA

José Luis López Tamargo. Oviedo. Colaborador de La Nueva España.

El verdadero y más efectivo pragmatismo surge de la mejor teorización. En nuestras sociedades de panópticos controladores y de vigilancia incesante, cada vez más orwellianas en cuanto a la creación de realidades impuestas a través de miedos colectivos y regidas ahora mismo por la biopolítica, la absoluta tecnolatría y la fe absoluta en la divina ciencia, sus mediadores y popes, la libertad aparece entronizada como libertad de mercado de grandes corporaciones y opciones infinitas de consumo, cada vez más adaptadas a los gustos “customizados” de un cliente bien diseccionado. También desde el frikismo o no, brotan como hongos, nigromantes, conspiranoicos y apasionados de los más narcisistas diletantismos. Especialmente en países como España, que ha pasado del desarrollismo de país totalmente periférico y vilipendiado por su autoritarismo cerrado a vivir la ofensiva diaria por la imposición de los relatos más acordes con los intereses de influyentes grupos de poder concentrados en una democracia deliberativa. Las ideologías todas, esos sueños de la razón que producen monstruos y quieren hacer pasar por nobles nuestros apetitos, simpatías, odios, aspiraciones ambiciosas y autojustificaciones, convierten al más sabio intelectual en un primate maleable y dado al navajeo dialéctico. Es época de pandemia vírica, de reclusión doméstica preceptiva, según mandato constitucional de declaración de Estado de Alarma. Está habiendo ya demasiadas y terribles bajas en la llamada “generación de la posguerra”, gente sacrificada como pocas, abuelos de muchísimo mérito, gente

trabajadora y que ha visto las mayores transformaciones en la historia de la humanidad. Muchas residencias de ancianos, lugares preferentes de contagio, han mostrado su peor cara como almacenes deshumanizados de personas ancianas, sometidas a maltrato, abandono y hacinamiento. Se ha dado especulación, estigmatización y gente insolidaria, incumplidores caraduras de las normas, aunque abrumadoramente la sociedad española está siendo muy cívica, resistente, cohesionada y bastante ejemplar, dotándose de recursos alternativos ocurrientes para pasar el obligado encierro o reclusión. Es la palabra “confinamiento” muy correcta en sus raíces etimológicas, pero no ajustada a un preciso uso jurídico que la hace significar exactamente “destierro de alguien, señalándole una residencia obligatoria”. Tiempos, pues, confusos, de los que algunos esperan una idealista regeneración moral del género humano sufriente y otros, la mayoría, volver a una normalidad que nunca será ya tal, con una crisis mayor que la del 2008 y un paisaje después de la batalla marcado por el distanciamiento social, las fobias y la socialización totalmente distorsionada por la desconfianza y el sanote autoengaño de seguir intentando ser “felices” según lo que dicen la tele, la publicidad y las redes sociales, verdadero espejo caleidoscópico de unas sociedades desorientadas y heridas por incertidumbres ecológicas, desigualdades fortísimas y fragilidades de pies de barro, aun habiendo alcanzado logros grandiosos.